

Mudo pez en el mar: Retórica del aforismo en Juan Varo Zafra

Dumb fish in the sea. Rhetoric of aphorism in Juan Varo Zafra

José Manuel RUIZ MARTÍNEZ

Universidad de Granada

[jmanuelruiz@ugr.es](mailto:jmanuelruiz@ugr.es)

ID ORCID <https://orcid.org/0000-0001-6133-9612>



**Microtextualidades**  
Revista Internacional de  
microrrelato y minificción

*Directora*  
**Ana Calvo Revilla**

*Editor adjunto*  
**Ángel Arias Urrutía**

Artículo recibido:  
**Octubre 2024**  
Artículo aceptado:  
**Noviembre 2024**

**Número 15 pp. 61-76**

DOI: <https://doi.org/10.31921/microtextualidades.n15a5>

**ISSN: 2530-8297**

@ 2024 Microtextualidades



Este material se publica bajo licencia  
Creative Commons:  
Reconocimiento-No Comercial  
Licencia Internacional  
CC-BY-NC

## RESUMEN

La obra aforística de Juan Varo Zafra es una de las más originales del panorama del género en España en el siglo XXI. Por su calidad intrínseca, a partir de sus características formales, discursivas y temáticas, pero además por lo que implica para la comprensión del género. Varo Zafra ha desarrollado una genuina poética y retórica del aforismo desde el aforismo mismo. También ha reflexionado sobre él desde el punto de vista teórico. Con este trabajo, pretendemos estudiar la teoría y retórica del aforismo de este autor, y reivindicarlo como una de sus figuras destacadas de la actualidad. Por otro, añadir, en la medida de lo posible, un hito teórico y crítico más en la indagación general acerca de ese objeto textual tan difícil de definir, acotar y de clasificar.

**PALABRAS CLAVE:** Aforismo, Juan Varo Zafra, Retórica, Ironía, Géneros literarios.

## ABSTRACT

The aphoristic work of Juan Varo Zafra is one of the most original of the genre in Spain in the 21st century. For its intrinsic quality, from its formal, discursive, and thematic characteristics, but also for what it implies for the understanding of the genre. Varo Zafra has developed a genuine poetics and rhetoric of the aphorism from the aphorism itself. He has also reflected on it from a theoretical point of view. With this work, we intend to study the theory and rhetoric, of this author's aphorism, and to vindicate him as one of its outstanding figures of the present day. On the other hand, we want to add, as far as possible, one more theoretical and critical milestone in the general inquiry about this textual object so difficult to define, delimit and classify.

**KEYWORDS:** Aphorism, Juan Varo Zafra, Rhetoric, Irony, Literary Genres.

## 1. Introducción

Juan Varo Zafra (Granada, 1969) es uno de los autores más relevantes de aforismos del panorama hispánico en las últimas décadas. Quizá no resulte todo lo conocido que mereciera; sin profundizar mucho en la cuestión, es posible que una de las causas haya sido, paradójicamente, el hecho de haberse dedicado a este género elusivo y minoritario casi en exclusiva —tan solo recientemente ha roto esta exclusividad al publicar un libro de relatos, *Eclipse total* (2023)—, frente a otros autores que, quizá desde el cultivo de géneros con mayor visibilidad y lectores en el sistema literario, después, o junto con ello, se han dado a conocer como aforistas. En cualquier caso, Varo Zafra ha cultivado el género con asiduidad. Cuenta con los libros de aforismos *Jugador de ventaja* (2000), ganador el Premio Genil de Literatura de la Diputación de Granada; *Desafortado* (2002); la serie *Mudo pez en el mar*, que consta de dos primeras colecciones breves de aforismos —la primera de ellas, de hecho, de 2006, una *plaque*, y otro librito con segunda serie de 2007—, y que tomará forma definitiva en un libro de 2011 que, si bien recogerá la casi totalidad de los aforismos de las obras anteriores del mismo título (aunque no todos, lo que hace de los citados textos precedentes dos interesantes rarezas bibliográficas), lo hará en otro orden y además incluirá muchos otros inéditos; finalmente, en 2021 ha publicado su último libro de aforismos hasta la fecha, *El demonio meridiano*. Ha sido incluido en las antologías *Pensar por lo breve. Aforística española de entre siglos* (2013), de José Ramón González; *El cántaro a la fuente* (2019), en edición de José Luis Trullo y Manuel Neira; *Verdad y media. Antología de aforismos españoles del siglo XXI (2001-1016)*, seleccionados por León Molina; y *L' aforisma in Spagna. Tredici scrittori di aforismi contemporanei* (2014), edición de Fabrizio Caramagna. Por último, tiene en prensa una antología de toda su obra aforística hasta la fecha titulada *La era espacial*, y que incluirá una sección con aforismos inéditos con el título de “Las tiranías serviles”. También nos parece relevante destacar que Varo Zafra ha realizado una selección y edición crítica de los aforismos de Juan Ramón Jiménez titulada *Río arriba* (2007), con un interesante prólogo explicando las características principales del aforismo como género específico en la producción juanramoniana.

Consideramos la obra aforística de Juan Varo de una relevancia especial por su calidad intrínseca, pero también por sus implicaciones para la comprensión del género, y esto por varias razones. La primera es que la producción de nuestro autor, quizá a diferencia de la de otros, presenta una gran variedad de registros; no parece ceñirse a un tipo concreto y reconocible de aforismo de entre una tipología ideal, sino que, por el contrario, se diría que busca explorar las posibilidades de un género que se caracteriza justamente por ser proteico y resistente a cualquier dilucidación —uno de los clichés habituales y casi obligados a la hora de referirse a él, como el propio Varo Zafra ha señalado (2010: 299)—, por lo que en su obra, ya desde el primer libro, encontramos un variado muestrario de aforismos, por tono, estilo y extensión. El resultado es una serie de colecciones de aforismos que, desde el punto de vista temático, formal y discursivo, constituye, a nuestro juicio, una suerte de síntesis del género realizada en un estilo personalísimo y original donde priman, quizá por encima de otras características, la ironía, la sátira, la erudición y el humor, con algunos momentos sorprendentes de lirismo.

En segundo lugar, Juan Varo ha pensado el aforismo como género y ha teorizado

sobre él: ha expuesto, tanto un conjunto de reflexiones sistemáticas de carácter teórico sobre este, como una genuina poética propia —retórica más bien, en realidad— del aforismo. Lo primero, en un artículo realizado en su calidad de investigador y profesor universitario, “El aforismo, género y concepto” (2010), y que nos parece fundamental para una comprensión del género, además de darnos una idea de lo que sea para él, idea quizá desdoblada de su condición de autor, pero en ningún caso alejada o disonante con ésta. Lo segundo, en toda una serie de aforismos, ora sueltos, ora agrupados —en particular, en una de las secciones de *Mudo pez en el mar* titulada “El aforismo” (2011: 46-50)—, que, como decimos, constituye una auténtica retórica del género con la particularidad de estar realizada desde el género mismo, aprovechando su cualidad discursiva y sentenciosa (como tendremos ocasión de desarrollar). Juan Varo realiza por tanto un movimiento autorreflexivo que se vuelve coherente y paradójico a la vez, habida cuenta de que el significado etimológico de la palabra aforismo es, justamente, *definición*. Más adelante, veremos que esta propuesta de Varo Zafra conduce, en nuestra opinión, a una posibilidad de comprender el aforismo tan poderosa como sugestiva.

Nuestro propósito, por tanto, es estudiar esta teoría y poética del aforismo en Juan Varo, a través de su texto teórico, y también a través de sus aforismos sobre el propio género, más otros colindantes que puedan proporcionarnos pistas suplementarias; y, por supuesto, cotejar ambas propuestas, la poética y la teórica, con objeto de que se iluminen de forma recíproca. De forma siquiera indirecta, esto nos permitirá apreciar algunos rasgos de su producción aforística. Con ello, nos gustaría, por una parte, mostrar la citada relevancia de este autor en particular en la evolución y éxito relativo del género aforístico en la literatura española del siglo XXI, y reivindicarlo como una de sus figuras principales. Por otro, añadir, en la medida de lo posible, un hito más en la indagación general acerca de ese objeto textual tan difícil de acotar y de clasificar, por eso mismo tan fecundo y fascinante como es el aforismo.

## 2. Teoría y Retórica del aforismo en Juan Varo Zafra

Como hemos dicho, Juan Varo ha desarrollado toda una genuina poética del aforismo desde la propia práctica del género. Al definir el aforismo desde el propio aforismo, desde su potencialidad, pero también desde sus límites, Juan Varo parece realizar un movimiento paradójico en réplica a la paradoja opuesta: la de “la aporía de una palabra [*aforismo*] que significando “definición” no puede, sin embargo, ser definida” (Varo, 2010: 299). Se trataría, por tanto, de definir desde sí mismo un término que, significando de hecho *definición*, se resiste a ser definido, si bien su etimología sugiere al mismo tiempo su potencial para, justamente, definir.

La operación es coherente. En su artículo “El aforismo, género y concepto”, tras señalar la dificultad de la definición del aforismo a partir de sus límites con géneros o discursos afines y con el hecho de que casi todo parece tener cabida en él (sobre todo en la actualidad), y tras considerar que los únicos anclajes posibles serían la brevedad (y aun esta condición puede resultar relativa, como veremos), y la prosa (Varo Zafra, 2010: 297-298), nuestro autor parte de los conceptos de *límite* y *horizonte*<sup>1</sup> para entender el aforismo. Para empezar, Varo Zafra sitúa al aforismo en un *afuera*, lo que además se

---

<sup>1</sup> Dos términos de resonancias inequívocamente gadamerianas; es un autor muy presente en el artículo de Varo Zafra y citado en diversos lugares de este, si bien no en relación directa con la cuestión del aforismo.

relacionaría con uno de los posibles orígenes etimológicos del término aforismo,<sup>2</sup> esto es, “llevar algo fuera de su horizonte” (2010: 299). De este modo, el aforismo “nos aboca a una situación límite” (2010: 299), y esto en una doble dimensión: en primer lugar, porque, al situarse en un lugar de indefinición previo al nombre mismo, se crea un “vacío fecundo” (2010: 299) que es el que hace posible su propia definición, y la existencia del aforismo mismo, en su manifestación concreta; y, en segundo lugar, porque, desde el límite, el aforismo genera “un poder capaz de sacar las cosas de su horizonte, excluirlas del mundo cotidiano y en el vacío revelar su sentido para enviarlas de nuevo a su horizonte originario” (2010: 299). De ahí que definir el aforismo a través de sí mismo resulte coherente: la operación por la cual el aforismo lleva algo fuera de su horizonte, parte de un hueco y piensa desde el límite —en realidad, y en cierto sentido, características aplicables a los problemas propios de toda definición—, se aplica aquí a la comprensión de la propia herramienta. En lugar de emplear metalenguaje teórico para definir el aforismo (cosa que finalmente también ensayará en su artículo), lo que implicaría un “salirse del nombre”,<sup>3</sup> Juan Varo arriesga la posibilidad de hacer que el aforismo, a partir del vacío constitutivo que implica no haberse definido, se piense desde el límite que lo caracteriza para, desde ahí, realizar su propio camino de ida y vuelta desde entre horizontes en el que, sin dejar de ser él mismo, encuentra en la operación algo nuevo acerca de sí. Cabría recordar aquí la frase, de indudable sabor aforístico —si bien perteneciente a un fragmento mayor y de otra naturaleza—, de Fernando Pessoa escribiendo como Bernardo Soares en *El libro del desasosiego* y que aquí aplicaríamos al aforismo: “¿qué es este intervalo que hay entre mí y mí?” (Pessoa, 1996: 45). Por otra parte, nuestro autor encarna en su propia práctica como aforista de modo consecuente su idea de que cualquier definición de aforismo que se proponga no podrá ser sino “otro aforismo, que requeriría a su vez ser definido” (2010: 299). Quizá por eso sus aforismos sobre el aforismo se construyen en cadenas de sentido en la que cada eslabón parece ir completando o definiendo al anterior, en un impulso autorreflexivo que se vuelve en cierto modo, como decimos, consecuente. Aunque, en realidad, esto es una característica generalizable en las series de aforismos de Varo Zafra, a nuestro juicio, una de las más originales en el contexto del aforismo actual: la eventual sucesión de algunos aforismos en forma de serie; no es solo que los aforismos de estas series compartan tema: es que a veces se continúan unos a otros, incluso a través de conectores discursivos del tipo “no obstante” etc., de manera que se van conformando pequeños (o no tan pequeños) archipiélagos de sentido. Con esto consigue que un efecto de *amplificatio* —cuestión que luego expondremos más por extenso— que se sale así de los propios términos del aforismo en busca de expresar el argumento que se pretende con plena satisfacción, y, además, se abunda en la idea del aforismo, que veremos también, como parte de un todo.

Antes de continuar, tenemos que abordar un problema operativo: al enfrentarnos a la exposición de la poética del aforismo en los de Juan Varo desde un metadiscurso crítico como es este artículo, nos encontramos con una doble dificultad. Por una parte, está la mencionada situación límite del saber específico que implica un aforismo, con su cualidad paradójica, irónica, “pregnante” (cfr. Varo Zafra, 2010: 301); al glosarlos, o, peor aún, tratar de explicarlos para extraer de ellos un pensamiento sistemático, corremos el riesgo de reducir todo su potencial de sentido, como quien estropea, de

---

<sup>2</sup> En el artículo se citan otras dos posibles etimologías. La más conocida de *definición*, a la que nos referimos más adelante, y otra en la que vendría a significar “lo que se aparta para una oferta” u “oblación” (Varo Zafra, 2010: 299).

<sup>3</sup> Varo Zafra nos recuerda con Derrida —matizado por Agamben—, que si el aforismo, según aquel, es el nombre, el nombre de los nombres no puede ser ya un nombre (2010: 299). En todo caso sería un *metanombre*.

hecho, el efecto ambiguo de una ironía al explicarla (y muchos de los aforismos, de hecho, la contienen, como era de esperar). La tentación sería convertir este texto en una antología con los aforismos sobre el aforismo de nuestro autor y dejar que hablen por sí mismos. La segunda es incluso más difícil de sortear y proviene del hecho de que, una de las cualidades formales más importantes y originales de los aforismos de Varo Zafra es que, en su caso, el concepto de brevedad, dándose razonablemente, es más laxo de la habitual en el género hoy día: algunos de sus aforismos llegan a sobrepasar una página (si bien nunca llegan a dos).<sup>4</sup> De este modo, a veces nos resultará imposible citar un aforismo en toda su extensión. Pero descontextualizar un fragmento de un aforismo para citarlo, desprendido del conjunto, parece una traición evidente al espíritu cerrado que implica el propio género. Para tratar de sortear ambas dificultades, citaremos los aforismos breves más relevantes completos, como es lógico, y reduciremos nuestro comentario en la medida de lo posible a la relación que establecen unos con otros y con la propia reflexión teórica del autor para resaltar sus afinidades o sus tensiones. En el caso de los aforismos más extensos, en efecto extractaremos el pasaje que nos resulte relevante invitando al lector a que busque y lea los aforismos completos. Si, como veremos a continuación, Varo Zafra recupera la noción de cita de Benjamin como elemento que, al extraerse descontextualizado de un horizonte y proyectarse sobre otro es capaz de generar un sentido, y además vincula esta idea con la propia noción de aforismo, nosotros, al hacer lo propio con los suyos, trataremos de acogernos al potencial de comprensión inédita que pueda ofrecernos la citada operación extractiva de la cita.

Comencemos, de hecho, por aquí. En el primer aforismo de la segunda parte de la sección “Retórica” de *Mudo pez en el mar*, titulada “El aforismo”, Juan Varo recuerda, a partir de la mencionada idea de Benjamin, cómo opera una cita en relación con el sentido: “La fuerza de la cita procede de su descontextualización, de la pérdida de su carácter de testimonio de un determinado momento y de su inserción en un escenario nuevo en el que se presenta extrañada y extrañante” (2011: 46), para, a continuación, mostrar cómo esto puede ayudarnos a comprender el aforismo: “pero el aforismo, a diferencia de lo que ocurre con la cita, no ha tenido nunca un contexto previo, ni tuvo nunca un presente que haya quedado atrás y que sólo pueda recuperarse como extrañamiento” (2011: 46). Es interesante constatar cómo utilizará más adelante esta misma idea benjaminiana de la cita en su artículo académico:<sup>5</sup> la relacionará con las ya mencionadas nociones de límite y de horizonte con las que caracteriza el aforismo; le servirá, de hecho, para explicarlas. Así, nos dice, la cita, al salir de su horizonte, lo destruye, pero también lo retiene en parte (2020: 300). Lo que en el aforismo original está simplemente insinuado, en el artículo se desarrolla: al perder el horizonte, la cita “se presenta extrañada” (2010: 300); y, en cuanto que se proyecta en un horizonte nuevo, es “extrañante”, esto es, “lo retiene en sí misma proyectándolo en el nuevo contexto en el que se inserta” (2010: 300). El aforismo, entonces, en efecto, nace sin ese contexto u horizonte previo: remite a un vacío, que se articula entonces como límite: hiato entre la esfera del lenguaje y la del mundo. Esto da pie al autor a “trazar una primera coordenada del género como escritura límite, decir de una raíz última —y en

---

<sup>4</sup> Incluso en el aforismo que abre la primera parte de la sección “Retórica” de *Mudo pez en el mar*, el aforismo, ya de por sí bastante extenso, tipográficamente se divide en dos por un espacio, creando así una suerte de *subaforismo* que, sin embargo, no podemos considerar independiente al no tener la separación de los otros. En este caso, el recurso del Varo Zafra por el cual a veces unos aforismos se continúan con otros, se radicaliza con un aforismo que se continúa a sí mismo tras una pausa de sentido.

<sup>5</sup> El aforismo ya aparece en el libro de pequeño formato (casi una *plaque*) del mismo título, *Mudo pez en el mar* de 2007, aunque nosotros lo citemos del libro posterior del mismo nombre.

consecuencia también primera— entre vida y lenguaje.” (2010: 300). Varo Zafra toma la noción de límite como hueco entre el lenguaje y el mundo de Eugenio Trías, de quien, un poco antes, ha recordado su definición de aforismo vinculándola con lo que este tiene de la ya citada idea etimológica de “llevar algo fuera de su horizonte”. Juan Varo, al citarla, la plantea, de forma coherente con su propio discurso, como una “(in-) definición”: “A-forismo: pensar, decir y escribir en la paradoja y el misterio del límite de lenguaje y mundo” (2010: 299). En este sentido, además, el aforismo adopta “un carácter regulador de la palabra respecto de las cosas” (2010: 300). El aforismo consigue de este modo trascender el lenguaje, pero siempre desde el lenguaje mismo (Cfr. 2010: 301).<sup>6</sup> En su último libro, *El demonio meridiano*, Varo Zafra tiene un aforismo que dice: “El lugar del aforismo no es el texto sino el vacío” (2021: 10). A continuación tiene otro que no sabemos si es independiente (ejemplificando entonces este citado vacío sin contexto del aforismo) si o se relaciona de forma inevitable con el anterior: “No hay lección; y si la hubiera, no podría ser aprendida”. (2021: 10). Y, todavía más interesante en este sentido, nos parece otro de los aforismos sobre el aforismo de este libro: “El aforismo no debe ser glosa sino epifonema” (2021: 9). Si entendemos el epifonema como una “sentencia situada en la conclusión de un discurso” (Garavelli, 2015: 285) y que, en cuanto tal, sirve de generalización y conclusión de este, podemos percibir cómo estaríamos ante una suerte de conclusión sin antecedentes, una vez más, sin contexto, en un vacío desde donde concita todo su potencial.

Aquí vemos cómo ciertas ideas se insinúan en los aforismos de Varo Zafra en sus aspectos esenciales, aquellos que permiten una mayor apertura al sentido, y cómo luego resultan susceptibles de una ampliación más lógica, sistemática y razonada. Por lo demás, volviendo al aforismo que estábamos comentando, el referido a la cita, en él se añade una consideración importante, y que se refiere al aforismo más allá de sí mismo en cuanto unidad: en este caso, como parte de un todo, de una colección. Ahí podríamos encontrar también la condición fragmentaria y descontextualizada del aforismo: en su relación con el resto de aforismos de un libro. Dice: “Así, quizá, el aforismo en el libro de aforismos. La parte que muerde al todo al mismo tiempo que lo conforma” (2011: 46-47). Nótese la libertad metafórica con la expresión “muerde”; y compárese la diferencia con el enunciado equivalente del artículo: “destruye su horizonte, también lo retiene en sí mism[o], proyectándolo en el nuevo contexto en que se inserta” (2010: 300). Más adelante, en el mismo aforismo, dice (y así concluye), con la cualidad paradójica propia del género: “Por eso, un —buen— libro de aforismos no es la suma sino la resta de sus partes” (2011: 47). Nos parece una consideración, además de paradójica, original: el aforismo como una composición breve, de carácter fragmentario (hasta aquí lo esperable), pero inserta en una serie con la que establece una tensión y una relación de sentido. En efecto, por cierto, los libros de aforismos de Varo Zafra se caracterizan por estar estructurados: se dividen en partes, según temas, pero además dichas partes apuntan a un tono y sentido generales; no son una mera colección o agregado. Pero, aún más. También sucede que a veces los aforismos establecen entre sí

---

<sup>6</sup> Resulta interesante cotejar esta idea con un aforismo muy anterior, de su primer libro, *Jugador de ventaja* (2000), referido a Eugenio Trías y su noción de límite: “No veo (frente a Eugenio Trías) cómo una cosa puede ser lo mismo más allá de sus límites. Por eso discrepo de su teoría del símbolo tanto artístico como religioso, porque creo que algo que pudiera traspasar el límite (y ya es una situación bastante cuestionable) dejaría de ser ella misma y, desde luego, no podría referirse nunca a ese espacio trasfronterizo que ha cruzado [...]” (2000: 116, §359). El aforismo sigue, y, según hemos dicho, perdemos matices. Habla además de otro límite en otro contexto y referido a otro concepto (el de símbolo), pero, aún así, percibimos el potencial diálogo entre ambos textos y la posibilidad de que el pensamiento de nuestro autor se haya matizado por lo que respecta al concepto de límites y sus posibilidades. Con todo, ahí está la idea de que, aun siendo hiato entre el lenguaje y el mundo, el aforismo en realidad nunca sale del propio lenguaje aunque sea capaz de trascenderlo.

relaciones de sentido por contigüidad sin necesidad de constituir una serie. Por ejemplo, en *El demonio meridiano* hay un primer aforismo que dice: “La excepción a una regla no puede ser una regla de sentido contrario. La excepción a una regla es un accidente” (2021: 9). Parece un aforismo de carácter general (y lo es). No obstante, el siguiente reza: “En el aforismo el accidente está en la mirada” (2021: 9). Aun aunque este también funcione de forma independiente, la palabra “accidente” vincula ambos aforismos y modifica de manera inevitable el sentido del segundo de manera que parece querer decir que una mirada entendida como accidente, esto es, como excepción a una regla, es la generadora de los aforismos. Estas relaciones a veces se producen incluso entre aforismos separados por muchas páginas, como variaciones sobre un tema o como *leitmotiv*, como si el autor, tras hablar de otras cosas, recordara algo de este tema que le había quedado por decir y volviera a él.<sup>7</sup>

También en *El demonio meridiano*, el autor añadirá una consecuencia inquietante de esta cualidad descontextualizada del aforismo: “Paradoja inevitablemente trágica del aforismo: sonar descontextualizado” (2021: 75). Y una consecuencia en otro aforismo posterior del mismo libro, páginas después, que parecería buscar una relación con este: “La falta de contexto puede hacer que la vulgaridad o el sinsentido parezcan agudos y sugerentes y, en sentido contrario, que Aristóteles parezca un memo incomprendible” (2021: 76).

Volviendo a la sección “El aforismo” de *Mudo pez en el mar*, nos encontramos a continuación tres aforismos breves, con la misma estructura y comienzo: la palabra “principio” seguida de dos puntos y, a continuación, una oración cuyo sujeto es el aforismo; es decir: se van a establecer algunos principios en torno a él. Esta reiteración hace que el lector agrupe estos tres aforismos breves en una especie de unidad. Desde el punto de vista retórico, se emplea el recurso de la braquilogía, con cierta sensación de *percusio* o “congerie de expresiones breves y agitadas” (Garavelli, 2015: 290; cfr. García Barrientos, 2018: 50), con un marcado tono apodíctico y que “sirve para la densificación pregnante del pensamiento” (Lausberg, 1976: 276). La primera de ellas (el primer aforismo), dice: “Principio: el aforismo no trata de la verdad sino de los modos en que nos relacionamos con la verdad” (2011: 48). Se trata de una idea fundamental. Para Juan Varo, la escritura límite del aforismo, la operación por la cual este es capaz de “sacar las cosas de su horizonte, excluirlas del mundo cotidiano y en el vacío revelar su sentido, para enviarlas de nuevo a su horizonte originario” (2010: 299), implica “un conocer práctico, un saber manejarse en el mundo” con una clara connotación ética (2010: 299-300). Por eso, la pretensión de verdad del aforismo es ajena, por ejemplo, a las relaciones que, en determinada concepción de lo literario, se establecen entre ficción y realidad; incluso es ajena también a una verdad que fuera fruto del conocimiento intuitivo en términos absolutos (2010: 300). Se trata más bien de una verdad que proviene de “la historicidad vinculada a la experiencia y a la vida práctica” (2010: 300): este es, a juicio de Juan Varo, el modo de relacionarse el aforismo con la verdad, más que ser expresión de una verdad en el sentido en el que esta ha acabado por vincularse, en un paradigma científico, con la certeza (2010: 307). El modo en que el aforismo se relaciona con la verdad estaría, según Juan Varo, relacionado con la idea de Heidegger de facticidad, esto es, “un entender que se anticipa a la comprensión y que es más bien un conocer práctico, un saber manejarse en el mundo” (2010: 300), lo que conlleva una

<sup>7</sup> Por ejemplo, en *Jugador de ventaja*, el aforismo 161 dice: “Cada vez que oigo la palabra ‘pedagogía’, echo mano a la pistola” (2000: 54). Páginas después, el aforismo 179: “Cada vez que oigo la palabra ‘taller’, echo mano a la pistola” (2000: 58). La referencia intertextual que está parodiando es sobradamente conocida.

dimensión ética, según hemos dicho.

La idea se relacionaría, por ejemplo, con el concepto de Husserl de “investigación en el mundo de la vida” (2010: 299). Se trata de buscar una verdad “vinculada a la experiencia y a la vida práctica” en la que, al situarse entre la palabra y el mundo, el aforismo logra regular las relaciones entre las palabras y las cosas: “la naturaleza persuasiva, imperativa, ejemplar o *conciniatoria* del aforismo [...] revela la inextricable correspondencia entre la palabra y el mundo en su sentido existencial profundo” (Varo Zafra, 2010: 300).

El segundo de los tres aforismos dice: “Principio: El aforismo puede prescindir de la erudición; el aforista no” (2010: 48). Este, por lo demás elocuente por sí mismo en relación con la construcción del *ethos* del autor de aforismos, implica en cierto modo a nuestro juicio un desarrollo de la idea precedente. Esto se entiende mejor si lo ponemos en relación con un largo aforismo anterior del mismo libro (el que abre esta parte del libro, la titulada “Retórica”), donde el autor plantea la idea de que escribe para el lector culto, reivindicando un estilo que huye tanto de la afectación como de la vulgaridad sin dejar de aspirar a la elevación. Y añade: “Escribo para el lector culto, esto es, para la cultura del lector, no porque mi discurso pueda enriquecerla, sino porque pretende apelar a la inquietud y exigencia humana —y humanista— sobre la que esta se sustenta” (2011: 37-38). Y este propósito apela tanto al lector como a su propia escritura, que aspira a ser “un discurso que a ese lector culto pueda interesar, entretener, quizá emocionar”. Aquí se percibe, a nuestro juicio, la reivindicación que en su artículo realiza Varo Zafra de la relación que establece el aforismo entre “vida humana y lenguaje” (2010: 300), una relación de raíz aristotélica, esto es, un lenguaje que, en cuanto humano, “se dispone teleológicamente a la expresión ética y social” (2010: 301). El aforismo es una forma particular de conocimiento relacional con el otro, a partir de la tradición humanista de un saber, como decimos, práctico, donde ser realiza una “vinculación profunda y específica entre vida humana y lenguaje y su naturaleza ética” (2010: 301) de raíz aristotélica.

Por último, el tercero de estos aforismos asertivos y definitorios dice: “Principio: el aforismo requiere más de la retórica que de la poética; nada de la estética” (2011: 48). Como veremos a continuación, esto tiene una importancia crucial porque, a partir de ese aforismo, Juan Varo desarrollará justamente lo que va a denominar una *retórica del aforismo* en el resto de los de la sección (enmarcada, lo recordamos, en una parte denominada justamente *Retórica*), a partir de las *partes artis* de la retórica clásica. Pero también nos remite a la reflexión que nuestro autor lleva a cabo en relación del aforismo el resto de géneros literarios (que además desarrollará en los aforismos posteriores de la sección). De este modo, al vincular el aforismo con la retórica y alejarlo de la poética y de la estética (de la primera, parcialmente, de la segunda, por completo), el autor nos está señalando su especificidad como género que se desvincula, tanto del discurso científico o filosófico entendido como una búsqueda sistemática de una verdad a partir de lo real, como del discurso literario fundamentado convencionalmente en la cualidad de lo ficcional —y alejado por tanto de la realidad— pero que a su vez indagaría en una cierta noción de verdad “en un vago sentido metafísico” (Varo Zafra, 2010: 297). Por eso el aforismo se situaría sobre todo en un terreno más cercano a la Retórica como un arte del discurso persuasivo, que tiene una clara dimensión de saber práctico vinculado con lo social, donde se articula el tipo de relación entre lenguaje y mundo de la vida en que Varo Zafra encuentra la clave del aforismo. De hecho, en relación con este saber práctico de la Retórica, Plett habla de esta disciplina, en la medida en que articula las relaciones humanas de domino y consenso en el plano discursivo, como una “gramática

del actuar razonable” (2002: 19), que se aparta por tanto de todo pensamiento sistemático con pretensión de certeza, y que abarca “todos los razonamientos humanos sobre hechos, decisiones, creencias, opiniones y valores ya no se consideran obedientes a la lógica de una razón absoluta, sino que se los ve en su relación mutua con elementos afectivos, valoraciones históricas, y motivaciones prácticas” (Eco, 1985: 438). En definitiva, la retórica “como medio para alcanzar el conocimiento, para llegar a establecer el consenso, para actuar según principios razonables” (Spillner, 1977: 104-105). Esta dimensión social se aprecia, por ejemplo, en el repaso que Varo Zafra lleva a cabo del aforismo en su dimensión diacrónica a partir del parámetro de las relaciones a partir de la idea de la relación entre el lenguaje y mundo de la vida, cuando percibe cómo el aforismo del s XVII, vinculado a un ambiente cortesano conlleva “un carácter ingenioso y el afán esteticista transmiten un pensamiento filosófico ligado a la vida en la que se analiza la relación entre el individuo y la sociedad” (2010: 307) con un marcado carácter retórico. Tampoco olvidemos los fines de la retórica clásica, divididos en tres grados: *docere*, *delectare* y *movere*, que, si bien se le atribuyen (al menos los dos primeros) también a la poética, encuentran en el arte retórica su propia especificidad relacionada, de hecho, al fin último de la persuasión como llamado a la acción o al cambio de conducta. Cabe señalar cómo, en el aforismo anteriormente mencionado donde Juan Varo indicaba que escribía para el lector culto, concluye indicando lo que su escritura aforística aspira a ser: “un discurso que a ese lector culto pueda interesar, entretener, quizá emocionar” (2011: 38).

En relación con la finalidad del *movere*, la retórica, además de su dimensión meramente argumentativa o, vista desde una tópica perspectiva reduccionista, ornamental con relación al discurso, presenta una dimensión *psicagógica*, esto es, conductora de almas, que la vincula especialmente con esta dimensión de saber social, práctico, mediador entre palabra y mundo: la palabra conduce al alma y la incita a la acción. Recordemos la definición platónica de la Retórica en este sentido del *Fedro* como justamente, “el arte de conducir las almas por medio de las palabras” (Platón, 2000: 392), algo a lo que parece aspirar, con su carácter sentencioso y no pocas veces vinculado con lo pedagógico o lo moral, el aforismo. De hecho, Gadamer nos indica cuál es el programa platónico para la retórica en este sentido: “dominar el discurso destinado a aportar luz de tal modo que se utilicen siempre los argumentos adecuados para aquellos que son sus receptores” (1992: 227); y esto se relaciona con la verdad en la medida en que sólo quien conoce dicha verdad, es decir, las ideas, será capaz de encontrar el *pseudos* verosímil (es decir, el argumento retórico) más apropiado para la transmisión de dicha verdad (1992: 227). Esta operación implica “una fundamentación antropológica del arte del discurso” (Gadamer, 1992: 228). Nos parece que esto explica muy bien el modo, al menos ideal, en el que el aforista se relaciona con la verdad: un conocimiento que luego debe transmitirse de forma persuasiva, verosímil, en definitiva, retórica; también creemos que clarifica la función reguladora que Varo Zafra le atribuye al aforismo.

Por lo que respecta al alejamiento total de la estética, Juan Varo subraya en su artículo el riesgo de que la asociación contemporánea entre aforismo y poesía, que a su juicio se produce, que sería el resultado de su común oposición al pensamiento sistemático dominante a partir de la Modernidad, y que puede dar lugar al riesgo de un aforismo que, en su cualidad híbrida, acabe incurriendo en un desnivel hacia un lado u otro de ambos elementos (lo poético y lo propiamente aforístico): o bien “un poema en prosa reducido a la mínima expresión” o bien “un pensamiento aforístico retóricamente recargado; cuando no, en el peor de los casos, a la greguería, en el mal sentido del

término, la ocurrencia y formas afines” (2010: 311).<sup>8</sup> En efecto, la greguería, sea de calidad literaria o degenerada en ocurrencia, se separa para nuestro autor del aforismo como más próxima a prácticas discursivas cuya finalidad es eminentemente estética, que implican recursos como el empleo de la imagen acústica (la onomatopeya o la aliteración), o la imagen visual propiamente dicha, por ejemplo la metáfora, con un carácter sorprendente, en ocasiones con tintes irracionales, asociada a prácticas propias de vanguardia, y que describió con precisión Ortega y Gasset en *La deshumanización del arte* (cfr. Varo Zafra, 2010: 303). Para nuestro autor, como veremos más adelante, el aforismo es una operación que implica, no a la metáfora sino a la metonimia. Volviendo a los resultados más *degenerados* del aforismo así entendido, como ocurrencia cuyas características de inspiración mal entendida y brevedad lo harían parecer una operación fácil (a la que se suma, nos parece la percepción del autor de cierta proliferación de aforistas de última hora en este sentido), Varo Zafra tiene el siguiente aforismo satírico: “Me dijo: ‘¿Cómo se llaman las frasecillas esas que tú haces?... Bueno, pues yo también hice el otro día unas cuantas’”. (2007: 16).

Pues bien: una vez establecida esta base retórica del aforismo, Juan Varo realiza, como indicamos, una genuina *retórica* —más que poética, por tanto— de este, a partir de, como ya hemos dicho, las *partes artis* o distintas operaciones de composición del discurso. Lo hace en una serie de seis aforismos de distinta extensión; todos comienzan con el sintagma “Retórica del aforismo”, generando de nuevo una serie coherente. Tras este, las partes de las que va a hablarse, esto es, *inventio* (tres aforismos, el último de los cuales incluye también una reflexión sobre la *dispositio*); y otros tres sobre la *elocutio*.

Es interesante subrayar cómo, al emplear estas operaciones, Varo Zafra recupera para el aforismo lo que la retórica tiene de operación global de composición del discurso y que implica “una teoría de la materia y [...] una teoría de la elaboración” (Lausberg, 1983: 25); dicho de otro modo, una “síntesis del contenido de ideas o pensamientos (*res*) y de su formulación por el lenguaje (*verba*)” (Lausberg, 1983: 99). La reflexión sobre la operación de la *inventio*, es decir, el “encuentro o hallazgo de las ideas” que se van a tratar, implica abordar también la cuestión de los temas o *topoi*: lo que Curtius denominó *almacén de provisiones* donde “se podían encontrar las ideas más generales a propósito para citarse en todos los discursos y en todos los escritos” (1976: 122) que, si bien comenzaron con una naturaleza argumentativa (así, por ejemplo, en Aristóteles) acabaron por extenderse al discurso poético y a toda clase de temas con los que nutrir los distintos géneros literarios. Y eso es justamente lo que proyecta Juan Varo en relación con el aforismo, poniéndolo además en relación, según hemos dicho, con los géneros literarios convencionales. Así, el primero de ellos:

Retórica del aforismo. *Inventio*. ¿Cuáles son los *topoi* del aforismo? En poesía se suele hablar de los “temas de siempre”: el amor, el tiempo, la reflexión sobre el hombre o la naturaleza, Dios... La novela es un cajón de sastre que corre paralelo a la historia, que, como esta, va dejando de ser literatura para convertirse en arqueología, de ficción pero arqueología. Pero ¿qué pasa con el aforismo; de dónde inventar ahora que las fórmulas morales, las advertencias teológicas, las observaciones de costumbres han caído en desuso, ahora que como vampiros rompemos furiosos los espejos? ¿Queda sólo el no-lugar de la ironía? ¿Es el aforismo, por tanto, un género utópico? (2011: 48.)

Se trata de un aforismo de cualidad —por otra parte muy propia del género—

<sup>8</sup> Cabe señalar aquí el uso aquí del término retórica en su acepción más común y con tintes peyorativos.

podríamos decir negativa, finalmente interrogativa, donde por tanto hay más conocimiento de lo que algo —en este caso, el propio aforismo— no es que de lo que es; lo que no se dice vale más que lo que se está diciendo. En ese sentido, plantea, frente a la poesía (con sus lugares comunes retóricos establecidos), y la novela (cajón de sastre en decadencia cuyos *topoi* correrían paralelos a los de la Historia), la pregunta de cuáles sean los temas del aforismo. Se intuyen los que fueron, los que por tanto pueden articularlo: fórmulas morales, advertencias teológicas, observaciones de costumbres. Pero, en el tiempo acelerado y volátil de la contemporaneidad, donde no hay nada que nos refleje, ya solo parece quedar para el aforismo el no-lugar (por lo que tiene de valencia ambigua y negativa), de la ironía. De ahí que se plantee la posibilidad, muestra de ingenio aforístico, de que el aforismo sea un *género utópico*, jugando con la acepción común del término, que lo haría una suerte de género inalcanzable, pero también con la etimológica de un no-lugar, es decir: un no-género. Pero, ¿no es precisamente el vacío —el no-lugar— la condición de posibilidad para el potencial de sentido del aforismo según lo definía su autor? Por otra parte, en este aforismo se muestra la preocupación del Juan Varo por cómo afecta la aceleración del tiempo al género y que desarrolla más por extenso en su artículo. De nuevo podemos comparar la formulación aforística (“¿de dónde inventar [...] ahora que, como vampiros, rompemos furiosos los espejos?”) con la reflexión del artículo “queda por pensar qué sentido ético pueda tener el aforismo en una época en la que los valores cambian en intervalos menores del tiempo de una vida” (2010: 311).

En realidad, Juan Varo sí ofrece una respuesta (o propuesta) a esta pregunta; lo hace desde su reflexión teórica, y plantea que, en esta situación de crisis, al aforismo solo le queda como garantía de verdad, la experiencia de su emisor: “la auto-referencialidad, término más amplio que el autobiografismo, parece ser una dimensión esencial del aforismo moderno” (2010: 311). Frente al tono deliberadamente impersonal, que busca una “estabilidad axiológica”, propia por ejemplo de la máxima clásica (2010: 305), el aforismo adopta ahora “una fórmula personal, referida al sujeto enunciador que permanece en primer plano sustentando con su presencia la verdad autorreferencial del texto” (2010: 305), cuando ya no parece posible una experiencia de carácter general; además, desde lo personal parece estarse más cerca de esa relación particular que establece el aforismo entre el lenguaje y la vida (Varo Zafra, 2010: 311). De ahí quizá que en *El demonio meridiano*, nuestro autor incluya el siguiente aforismo, que viene a complementar la idea: “El aforismo bueno singulariza lo cotidiano; cambia lo de todos por lo de cada uno” (2021: 9). De hecho, en su propia producción aforística, si bien aparecen aforismos escritos usando el impersonal, también hay muchos escritos desde el yo. Pero además son abundantes lo que emplean la fórmula de la segunda persona, del tú, muchas veces con claras connotaciones morales (irónicas o no) vinculadas con la tradición del aforismo, en la medida en que se dilucidan costumbres, hábitos e incluso consejos. Lo interesante de este *tú* es su ambigüedad, porque, no pocas veces, no sabemos si se está refiriendo al lector o es el propio autor quien habla consigo mismo para instrucción o reflexión del lector. Entre los aforismos del yo, destaca en Juan Varo toda una sección de *Mudo pez en el mar* titulada “Valladolid”, donde el yo se manifiesta en forma de apuntes autobiográficos —de hecho, están fechados como un diario— de marcado tono lírico, donde el Varo Zafra parece empujar al género hasta sus límites.<sup>9</sup> Lo que ocurre es que, a nuestro juicio, estos desvíos siguen siendo medios para

<sup>9</sup> Es un hecho que el autor estuvo un tiempo residiendo en Valladolid con una estancia de investigación, y que estos aforismos se inspiran en sus impresiones. Un ejemplo: “4 de diciembre de 2007. Sé que un día recordaré con cariño esta tristeza invernal en Valladolid, y que si esta música —*the Byrds*— vuelve a mis oídos descenderá hasta lo más profundo para despertar sensaciones quizá olvidadas durante mucho

un fin, que no se aleja nunca demasiado de ese saber práctico en el que late la verdad entendida como reflejo de la vida.

En el segundo de los aforismos de *Mudo pez en el mar* dedicado a la *inventio*, más extenso, el autor prosigue con su indagación sobre esta cuestión de los temas. Y vuelve al cotejo con los géneros literarios tradicionales; ahora, en relación con la verdad; nos dice en su comienzo: “Retórica del aforismo. *Inventio*. La verdad en estos géneros literarios, la lírica, la narrativa, es la verdad de estos géneros” (2011: 49). De este modo —según prosigue— los *topoi* de dichos géneros convencionales se articulan como un corpus cerrado, que a veces se abre para incorporar alguna novedad, el cual, una vez incorporada esta armónicamente al conjunto, vuelve a cerrarse (2011: 49). “El lector los reconoce y aprecia su verdad en este reconocimiento” (2011: 49). El aforismo se cierra con una pregunta y el atisbo de una respuesta: “Pero, ¿y el aforismo? ¿De dónde extrae su verdad? ¿Cómo reconocerla? La verdad del aforismo es su no verdad literaria. Lo contrario, el recurso a los tópicos, es su mentira” (2011: 49). Aquí se refuerza una idea clave ya expuesta: la oposición entre la verdad que contendría el aforismo, y el tipo de verdad que se le presupone convencionalmente a los textos literarios. La verdad del aforismo estaría en la medida en que se aleje de lo literario y su forma de verdad, vinculada con el corpus cerrado de *topoi* que implica y que excluyen la posibilidad de lo heterogéneo (2011: 49) y que, por el contrario, el aforismo sí admite. Además, el aforismo se define también por oposición al tópico: los tópicos —aquí, como con el término “utópico”, se juega con la doble acepción de *tópico* como *topos* y como lugar común, cliché—. Por lo demás, recordemos que, según el autor, “el aforismo no trata de la verdad sino de los modos en que nos relacionamos con la verdad”.

Por último, el tercer aforismo sobre la *inventio*. Aquí el autor parece llegar por fin a una conclusión: “Retórica del aforismo. *Inventio*. Sin embargo, hay una tradición en la escritura aforística, más que unos temas familiares, un modo de exponer que los hace reconocibles. En consecuencia, podría afirmarse que la *inventio* de los aforismos es su *dispositio*. Su argumento esencial es su modo de argumentar” (2011: 49). Este aforismo resulta fundamental en la conformación de una poética del aforismo en Juan Varo, como salta a la vista. Reafirmando mediante una variación discursiva la idea ya expuesta del aforismo como un hueco o hiato, ahora el aforismo se define como un objeto cuya principal cualidad es formal; de ahí que, en términos retóricos, pueda adaptarse desde su modo particular de *verba* a cualquier elemento de la *res*. Como un reflejo de la propia retórica, su contenido es su modo mismo de argumentar.

Los tres últimos aforismos de esta serie unitaria se refieren, según hemos dicho, a la *elocutio*. Los dos primeros, a la cuestión fundamental del requisito de la brevedad para el género, que parecería ser sin discusión una de sus características más claramente definitorias. Nuestro autor lo matiza. Ambos aforismos, como sucedía con los anteriores, parecen ser una continuidad uno del otro:

Retórica del aforismo. *Elocutio. Brevitas*. Sólo los cortos se confunden con lo breve. Lo opuesto a lo corto es lo extenso; a lo breve lo amplificado. Aunque siempre la línea recta es el camino más corto, no siempre es el más breve. Puede haber casos en los que la brevedad requiera de su opuesto, la amplificación. El aforismo acota, define, pero, por eso mismo, no es él susceptible de acotación (2011: 50).

---

tiempo. Pero esta certeza no me consuela de tu ausencia, ni disfraza mi ansiedad de impostura” (2011: 70).

Y: “Retórica del aforismo. *Elocutio. Brevitas*. No siempre menos es más; a veces más es menos. Es más difícil memorizar unas cuantas fórmulas químicas que una canción larga. La causa teleológica del aforismo es la memoria. Si no puede ser recordado, aunque sea corto, no es bueno ni doblemente bueno. Reglas de la memoria” (2011: 50).

Comprobamos que se da en Varo Zafra una reivindicación para el aforismo de la brevedad, sí, pero en un sentido laxo, enunciado además, mediante una modo paradójico, irónico e ingenioso, como corresponde tanto del género como a su autor. Este es caso claro donde creemos que con la explicación se corre el riesgo de estropear la densidad conceptual y la capacidad de sugerencia —generada a partir del juego retórico con axiomas como “la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos” o el célebre apotegma de Gracián—, que entendemos que el lector podrá apreciar en toda su sutileza. Sí señalaremos una cuestión fundamental: Varo Zafra continúa con la comprensión del aforismo desde una perspectiva retórica. De este modo, la justificación para esta laxitud en la idea de brevedad la realiza a partir de conceptos retóricos: primero, el de la noción de *amplificatio* como una posible necesidad del aforismo para su propio desempeño. A pesar, o junto con la *brevitas*, el aforismo, en su modo de ser vinculado con lo argumentativo y lo persuasivo, puede requerir de esta operación retórica que constituye “una intensificación preconcebida y gradual (en interés de la parte) de los datos naturales mediante los recursos del arte” (Lausberg, 1983: 234). Esta idea la expresa Juan Varo en un aforismo si cabe más paradójico en su libro *Desaforado*: “Un libro de fragmentos entre los que cupiese una Biblia” (2002: 101, §383). Es interesante el hecho de que, según señala Lausberg, la *amplificatio* puede concernir tanto a la *res* como a la *verba*, y, por tanto, requerir de “los medios y recursos de la *inventio* y de la *elocutio* (1983: 234). Además, este autor subraya una cuestión interesante: “los recursos inventivos de la *amplificatio* son idénticos a los *loci* probatorios” (1983: 234); es decir: argumentos probatorios propios de la *inventio* y recursos expresivos propios de la *elocutio* se relacionan directamente (cfr. Lausberg, 1983: 340), lo que nos conduce a la idea de Varo Zafra de cómo, según expresaba en el aforismo ya citado previamente, en el aforismo coincide la argumentación misma con la forma de argumentar. Por lo demás, se nos recuerda la idea de que el aforismo, si bien define, es también el vacío previo a la definición; de ahí que no sea él mismo “susceptible de acotaciones”.

Todavía aparece una justificación de esta brevedad voluble en un último concepto: la *memoria*: Varo Zafra nos recuerda que “la causa teleológica del aforismo es la memoria” (2010: 311). Si el aforismo se vincula con un conocimiento del mundo que implica un saber práctico, desde sus orígenes pretende una sentenciosidad que busca ser recordada (2010: 311). De ahí que el autor enuncie la paradoja de que lo corto no es necesariamente lo más memorable (una canción larga frente a una fórmula química corta), y nos recuerde de paso que en la *tekné* retórica, las cualidades tanto argumentativas como elocutivas no están sujetas a normas preestablecidas (lo breve es lo bueno, o lo largo, o lo sencillo o lo ornamentado) sino que éstas se calibran en función del bien superior del *aptum*, o lo apto, también lo oportuno, que es lo que, a nuestro juicio, la idea que subyace en la reivindicación de una brevedad relativa de los aforismos. De ahí que Juan Varo reivindique para el aforismo la “densidad conceptual” antes que la brevedad, “aun cuando esto no signifique que pueda prescindirse de este criterio, si bien reformulado de forma más laxa” (2010: 312).

Para finalizar, el último aforismo acerca de la *elocutio*: “Retórica del aforismo. *Elocutio*. El fragmentarismo del aforismo aconseja la metonimia y desdeña la metáfora. Esta es una diferencia decisiva respecto del greguería. Pero no la más importante”

(2011: 50). Ya hemos mencionado más arriba como Varo Zafra desvinculaba al aforismo específicamente de la imagen poética en la medida en que esta no implica un “juicio sobre el mundo” y permanece en el terreno de lo puramente estético. Pero, además de eso, lo que en el aforismo solo se insinúa, incluso bajo la figura de la reticencia, en el artículo se amplía: el aforismo se vincula con la metonimia incluso aunque no utilice dicha figura retórica de modo explícito en su discurso, “porque el aforismo se presenta como parte de un todo que permanece oculto y que en virtud de aquel es intuitivo” (Varo Zafra, 2010: 303). Aquí, otra característica fundamental del aforismo, que se va desprendiendo de todo lo dicho: en el aforismo, lo dicho es tan importante como lo sugerido, “lo pensado como lo que queda por pensar” (Varo Zafra, 2010: 301).

Cabe añadir una última consideración interesante de Juan Varo en relación con la *elocutio*. En su artículo propone una serie de figuras retóricas que resultan especialmente propicias para articular el aforismo en la medida en que consiguen “[abrir] la sentencia irónicamente a ese espacio más allá de las palabras hacia el que [el aforismo] apunta” (2010: 312). Son las siguientes: “En general, me parecen apropiadas todas aquellas figuras propias de las estructuras binarias, como la antítesis, la paronomasia, el retruécano o el oxímoron. El aforismo moderno encuentra también un campo abierto de realización en la glosa<sup>10</sup> a modo de contrapunto del aforismo clásico, el proverbio o, incluso las narraciones asentadas en la tradición (2010: 312)”. De nuevo, se destaca la importancia fundamental de la ironía como clave del aforismo que lo abre a una verdad más allá de la lógica. También es interesante señalar, en consonancia con la idea ya expuesta de que el aforismo es un modo más que un contenido, como las formas mismas, aquilatadas en algunas formulaciones propias de la *tekné* retórica que han demostrado su eficacia, son portadoras por sí mismas de sentido.

### 3. Conclusión

A modo de primera conclusión, podemos emplear la síntesis que el propio Varo Zafra lleva a cabo de las características principales que definen al aforismo en el recorrido, tanto sincrónico como diacrónico, que lleva a cabo en su artículo:

Forma breve desplegada en el impreciso terreno en que mundo y lenguaje se entrecruzan, relacionada con la verdad de muy diversos modos dependientes del concepto histórico de verdad en cada caso; y cuyos elementos naturales son la ironía y la sentenciosidad. El aforismo admite, como elementos accidentales, sujetos a las condiciones particulares de nuestro momento histórico, la poeticidad, la interrogación por una subjetividad puesta en primer plano y la ejemplaridad; como en otro tiempo aceptó la rigurosidad conceptual, la impersonalidad y la generalización (2010: 312).

El autor no puede evitar, empero, añadir una observación con un claro sabor aforístico:

---

<sup>10</sup> Aunque en un aforismo citado más arriba vimos que Juan Varo decía que al aforismo “no debía ser glosa sino epifonema”, y dejando de lado el derecho a la contradicción whitmaniana que entendemos permite como licencia el género, cabe señalar que la glosa a la que aquí se refiere es tiene un carácter, según señala contrapuntístico, esto es, irónico, donde no hay tanto comentario sino más bien algún tipo de subversión o cuestionamiento, una de las prácticas, por cierto, más características del autor. Un ejemplo mínimo, pero reconocible y significativo en su intertextualidad con Mallarmé, de *Desaforado*: “Qué pena sería, después de haber leído todos los libros, darse cuenta de que la carne no era tan triste” (2002: 68, §247).

“Pero esto, claro está, no es una definición” (2010: 312).

Queremos terminar además con un último aforismo del autor: pertenece a su último libro, *Estación espacial*, ya mencionado. Es uno de los inéditos, que damos aquí en primicia por cortesía del autor: constituye una suma teórica y práctica de lo que para Juan Varo Zafra sea el aforismo, síntesis parcial de muchas de las cosas dichas aquí, y no nos parece que haya mejor modo para terminar:

Un aforismo (no el aforismo ideal que solo existe en la mente de los que son incapaces de escribirlos) debe cumplir tres requisitos: tener carácter sapiencial (esto es, decir algo nuevo o formalmente distinto), ser breve y pretender que lo que dice sea verdad (aunque resulte objetable). ¿Cómo se sabe que un aforismo pretende la verdad? Para ello es necesario no que reconforte al lector en sus convicciones, sino que las sacuda y lo enerve, aunque sea mientras lee, pese a todo. Un aforismo cancroide (como los define Eco) es un juego de palabras vacío; pero peor es el lugar común que ignora su condición. Por eso, a medida que el autor sepa más cosas, más fácilmente podrá eludir este peligro. Este es el valor de la erudición en el aforismo: dejar de decir, no decir vana y ampulosamente. El problema es que esta exigencia solo es efectiva con un lector que también la tenga (Varo Zafra. *La estación espacial*. Inédito).

## Referencias bibliográficas

- Curtius, Ernst Robert. *Literatura europea y edad media Latina*. 2ª Reimpresión. Madrid. Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Eco, Umberto. *Tratado de semiótica general*. 3ª Edición. Barcelona. Lumen. 1985.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. 7ª Edición. Volumen II. Madrid. Sígueme. 1992.
- García Barrientos, Jose-Luis. *Las figuras retóricas*. 5ª Edición. Madrid. Síntesis. 2018.
- Garavelli Bice, Mortara. *Manual de retórica*. 4ª Edición. Madrid. Cátedra. 2015.
- Jiménez, Juan Ramón. *Río arriba. Selección de aforismos*. Ed. Juan Varo Zafra. Madrid. Visor y Diputación de Huelva. 2007.
- Lausberg, Heinrich. *Manual de retórica literaria*. 2ª Reimpresión. Volumen I. Madrid. Gredos. 1983.
- Lausberg, Heinrich. *Manual de retórica literaria*. 1ª Reimpresión. Volumen II. Madrid. Gredos. 1976.
- Platón. *Diálogos*. Emilio Lledó, ed. y trad. Volumen III. Barcelona. RBA. 2000.
- Plett, Heinrich. *La retórica. Posturas críticas sobre el estado de la investigación*. Madrid. Visor. 2002.
- Pessoa, Fernando. *El libro del desasosiego*. 16ª Edición. Barcelona. Seix Barral. 1996.
- Spillner, Bernd. “El interés de la lingüística por la Retórica”. *Retórica. Posturas críticas sobre el estado de la investigación*. Ed. Heinrich Plett. Madrid. Visor. 2002. 103-19.
- Varo Zafra, Juan. *Jugador de ventaja*. Granada. Diputación de Granada. 2000.
- Varo Zafra, Juan. *Desaforado*. Salobreña. Alhulia, 2002.
- Varo Zafra, Juan. *Mudo pez en el mar*. Granada. Bellver. 2007.
- Varo Zafra, Juan. “El aforismo. Género y concepto”. *Revue Romane* nº. 45-2. 2010:

296-312.

Varo Zafra, Juan. *Mudo pez en el mar*. Málaga. e.d.a. 2011.

Varo Zafra, Juan. *El demonio meridiano*. Madrid. Cuadernos del Vigía. 2021.

Varo Zafra, Juan. *Eclipse total*. Granada. Traspies. 2023

Varo Zafra, Juan. *La era espacial*. Inédito.